

EL SUEÑO DEL ORCO

La historia de una exploradora en la Cuarta Edad

Un relato inspirado y ambientado en la obra del inmortal J.R.R.Tolkien

Por Eduardo Enjuto Vázquez

EL SUEÑO DEL ORCO

Me llamo May y sirvo en el ejército de Gondor por la gracia del rey Eldarion, alabado sea su nombre y que los dioses lo colmen de ventura. No sé muy bien lo que es la ventura. Supongo que es algo digno de los reyes, como el oro o las coronas de oro. Ioreth, mi mentora, dice que es un guiso muy especiado típico del sur de Rohan, pero creo que me está tomando el pelo. Seguro que ella tampoco lo sabe.

Soy exploradora. En realidad llevo poco tiempo como tal, pero ya me considero casi una montaraz de pleno derecho. No como los montaraces del norte, claro. Me refiero a que mi trabajo se me da bien.

Me llevaron a los campamentos del Pelargir cuando tenía siete años. Empecé ayudando en las cocinas, en las letrinas, en los establos y donde pudiera echar una mano. No importaba el trabajo que me pidieran, porque servía en el ejército de Gondor y ese era suficiente motivo para sentirme orgullosa. Pero cuando tuve fuerzas para empuñar un arco descubrí mi verdadera vocación. Mi lugar no estaba en los campamentos, sino en los bosques y las montañas; había nacido para servir al rey cazando, interpretando huellas y siguiendo rastros.

Los exploradores solo podemos aprender nuestro oficio de otros como nosotros. No hay un patio de armas donde practicar, como se hace con la espada y la lanza, así que me asignaron como aprendiz de un explorador veterano. Yo quería aprender de los más fuertes y experimentados, de uno de esos gloriosos y ancianos exploradores que aún llevaban las capas verdes de los días antiguos. Pero, en vez de ello, me asignaron a Ioreth.

Ella es... ¿Cómo describirla? Es diferente a todas las personas que he conocido. Al principio no quería saber nada de ella porque no cumple las normas del campamento, y no es disciplinada, y los oficiales la miran mal. Dicen que una vez golpeó a un soldado. Él no devolvió el golpe porque los hombres de Gondor no golpean a las mujeres. Estoy segura de que fue por eso, aunque ella dice que el soldado no reaccionó porque estaba inconsciente y así es difícil continuar una pelea.

Es rara. Siempre parece enfadada. Y no sé por qué, ya que sirve en el ejército de Gondor. ¡De Gondor! ¡Y no está en las cocinas! ¿Qué más puede querer una mujer? No la entiendo. Pero al poco tiempo aprendí que conocía las montañas mejor que nadie. Cuando había que participar en una misión junto a los soldados, para ahuyentar a los bandidos del sur o algo parecido, todos querían contar con ella porque decían que, si Ioreth estaba contigo, nadie te podía tender una emboscada. Así que, a pesar de que no actúa como debería, admito que aprendí mucho a su lado, hasta que hace unos días dejó el campamento y se marchó lejos, donde nadie querría ir, en busca de monstruos y fantasmas.

Todo comenzó cuando Leofred *el Imberbe* ordenó que fuéramos a su tienda.

Nos avisó un muchacho que siempre sabía dónde se encontraba mi mentora; yo creo que le habían ordenado tenerla localizada y no hacía otra cosa en todo el día más que espiarla a hurtadillas. Ioreth le dio una moneda para que dijera que había tardado mucho tiempo en encontrarla, y me dijo que debía prepararme para partir de inmediato. Se había colocado una capa ligera que ocultaba sus armas, tanto las que llevaba al cinto como las que portaba a la espalda. Llevaba grebas y brazales, y también su viejo peto de cuero, que nunca parecía limpio por mucho que lo frotara.

— Toma tu equipo y tus armas —me dijo—. Puede que estemos fuera algunos días. Pero hazlo con discreción; si alguien te pregunta, vamos a entrenarte un poco en la caza nocturna.

—¿Cree que nos van a encargar una misión?

—Hace unos días vieron a unos niños con cuerdas y mochilas lejos del campamento, en dirección al puente, y llevo un tiempo sin ver al mocosito de Leofred merodeando por mi tienda. Me juego mis botas a que tiene algo que ver con ese asunto, y si es así debemos ser discretas.

Asentí y me preparé lo más rápido que pude. Estaba muy seria y cuando se enfadaba no le gustaba que le hiciera preguntas, así que guardé silencio, aunque aquello me parecía un poco raro. Luego me llevó a través del campamento hasta las tiendas de los oficiales, con paso vivo pero casual, como si tuviéramos prisa para llegar a una taberna y no a una cita oficial. Nos deteníamos con frecuencia porque se encontraba con soldados que nos paraban para saludarnos y conocer alguna noticia de las patrullas, pero vivíamos en tiempos tranquilos y no había gran cosa que contar.

Llegamos a la tienda de Leofred. Era uno de los oficiales más jóvenes del campamento y le llamaban *el Imberbe* porque, aunque a su edad ya debería lucir una barba poblada, tenía la cara y el mentón vacíos y tristes como los niños o las mujeres, y eso era malo para un oficial. Los hombres murmuraban que había obtenido el cargo porque estaba casado con la hija de un capitán muy prestigioso. En las cocinas opinaban igual, pero allí no murmuraban y lo decían abiertamente.

Ioreth, antes de entrar, echó un vistazo muy poco honorable para fisgonear el interior de la tienda. Leofred caminaba a grandes trancos, algo que tenía mérito, pues sus piernas eran cortas y la tienda, que era más bien pequeña, estaba abarrotada de estandartes, lámparas, algún que otro adorno y montones de pequeñas figuras que representaban a todos los ejércitos conocidos.

—Sus piernas tienen una forma rara —dije a mi mentora en un susurro. Yo también me había acercado para espiar como una bandida cualquiera.

—Eso es porque ha pasado demasiado tiempo a caballo, por eso parece que tiene calabacines en vez de piernas.

—Ioreth —estaba diciendo el oficial al aire levantando la barbilla—, necesito tus servicios como exploradora... No, tiene que ser algo más enérgico. ¡Ioreth, vas a salir ahora mismo!

Mi mentora no pudo contenerse y entró en la tienda justo en ese momento.

—¿Hacia dónde, oh, mi señor? —dijo casi a gritos. El hombre dio un respingo y se volvió con rapidez hacia nosotras.

—No... te he oído entrar. ¿Por qué no te han anunciado los hombres de la puerta?

—Están en los establos jugando a los dados —respondió ella.

El oficial, en vez de enfadarse, se acercó a la exploradora con una sonrisa y se saludaron como viejos amigos. Ella era más alta que él, mucho más alta. Los cabellos de él eran negros, y los de ella amarillos y grises. Él era joven y fuerte. Ella era fuerte.

Se sentó en la silla de Leofred, cogió de la mesa una figura que representaba a un olifante y le dio un mordisco.

—Puag —dijo—. Esto está asqueroso.

—No es un dulce, es una miniatura que sirve para... ¿Quieres levantarte de mi silla?

—Estoy cansada, ten compasión de mí. ¿Esto es vino? Oh, perfecto, mucho mejor.

—Ioreth, te ordeno ahora mismo que te levantes.

—Tu hijo ha desaparecido, ¿verdad? —respondió la mujer—. Se ha marchado con sus dos amigos idiotas, los que pasan el día robando en las cocinas y espionando en los baños.

El hombre detuvo sus pasos nerviosos, asintió con la cabeza y habló en voz baja.

—No es como otras veces, Io. No es una escapada de chiquillos que quieren conocer la ciudad o vivir aventuras. Creo que se han marchado hacia las montañas... y ya sabes lo que significa eso. Se ha llevado su mochila y las cuerdas que le regalaste cuando era un niño. Estoy asustado.

La mujer suspiró, dio un largo trago a la copa que tenía en las manos y la dejó sobre la mesa. Se levantó y puso una mano sobre el hombro del oficial.

—Nos conocemos desde hace tiempo, Leofred. No tienes más que pedirlo.

—Nunca haces nada de lo que te pido.

—Es verdad. Pero en este caso estoy contigo. Si se entera tu suegro te va a matar, y eso que casi no puede moverse de la cama.

—Si se ha marchado hacia las montañas... —dijo el hombre con voz entrecortada.

—Conozco las Ephel Dúath tan bien como este nido de ratas, así que no te preocupes; traeré a tu hijo tan sano y salvo como me sea posible. Y si eres listo, me harás caso y lo pondrás a trabajar en los hornos hasta que se le llenen las manos de llagas. Estás criando a un mocoso

consentido, amigo mío. Si moliera el grano hasta caer rendido o trabajara en los caminos cargando piedras, al final del día no tendría fuerzas ni ánimo para dirigir su mirada al este.

Miré horrorizada a mi mentora. ¿Cómo podía insinuar esa atrocidad? El hijo de un oficial nunca haría algo así... ¡Era inconcebible! En el este están las tierras corrompidas, no hay vida ni belleza hacia la salida del sol. Se me escapó un pequeño grito, y en ese momento Leofred reparó en mí.

—¿Y tú cuándo has entrado? —dijo enfadado.

—Ha venido conmigo —respondió la exploradora—. De verdad, Leo, menos mal que eres oficial, porque como soldado valdrías menos que los zapatos de un holbytla.

—¿Un qué?

—Se llama May —Mi mentora se giró hacia mí y me señaló con la copa de vino que acababa de rellenar—. La estoy formando como exploradora y respondo por ella.

—Pero es... —El hombre me miró como si fuera un caballo cojo y se pasó la mano por la cara—. Es una haradrim, ¿no? ¿Dejan a su pueblo servir en el ejército?

Abrí la boca para responder, pero Ioreth hizo un gesto con la mano para que me callara.

—No juzgues a las personas por los pecados de sus padres —dijo con convicción—. Sus abuelos lucharon en los Campos, no ella.

El hombre me miró con cierta tristeza.

—Bastante ha logrado ya, si ha conseguido que la acepten en el campamento. Los de su pueblo lo tienen difícil. Y además, bueno...

—Dilo, no te preocupes —interrumpió mi mentora—. Es una mujer y las mujeres no deberían pasear entre los soldados como si fueran uno de ellos. Pero las cosas cambian. Es más, yo también he cambiado. Desde que no me agacho para orinar, los hombres me respetan más. Algunos todavía se preguntan si soy una mujer.

—Eres injusta. Y mientes. —El hombre esbozó una sonrisa—. A la gente de Gondor no le importa lo que haya detrás de una espada, sino la fuerza del brazo que la empuña. Y tú creciste en Rohan; allí hay más botas de montar que zapatos de salón. No sé de qué te quejas. —El hombre tomó dos copas, sirvió una dosis generosa de vino en ellas y me tendió una—. Si puedes servir al rey, puedes beber nuestro vino. Bienvenida, May.

—¡Gracias, señor! ¡Bienvenido usted también, señor! —Acababa de decir una tontería y me sonrojé—. Quiero decir... que me alegro de estar aquí y... Soy una buena soldado, señor. Eso quería decir.

Era la primera vez que probaba el vino y sabía asqueroso, pero tirarlo habría sido descortés y bebí la copa despacio y en silencio. Hablaron entre ellos de cosas que yo no conocía, de su pasado en Rohan, donde se habían conocido, y de otras cosas que no comprendía. De pronto, el hombre pronunció un nombre que yo había escuchado en alguna ocasión y el rostro de ella se ensombreció. «Culpa de Herumor», había dicho. Pero no entendí nada más.

Al cabo de un rato, Ioreth se levantó y se despidió del oficial.

—No sé cómo agradeceréte —dijo él—. Mi padre siempre decía que podía contar contigo, y ahora sé que tenía razón.

—Lo hago por su memoria tanto como por ti, amigo mío. Traeré a tu hijo antes de que nadie lo eche de menos. Eso es todo lo que puedo prometerte.

Salimos de la tienda y, con la puesta de sol, sin que nadie lo advirtiera, abandonamos el campamento. Caminamos durante un buen rato, porque el cielo estaba despejado y la luna iluminaba el camino, y descansamos en una de las cabañas cercanas, que en tiempos peores se habían usado para mantener puestos de guardia y que se encontraban vacías.

Nos levantamos con las primeras luces y caminamos sin decir ni una palabra durante algunas horas. A ella le gustaba viajar en silencio, y decía que mi voz espantaba la caza y que hasta los peces contenían el aliento cuando me oían acercarme. No sabía lo que quería decir con eso, porque pescar no se me daba tan mal.

Avanzamos a buen ritmo, ya que seguíamos el Camino de Harad y únicamente nos deteníamos cuando veíamos algún sendero que lo abandonaba. Al principio los observábamos

con atención, pero cada vez dedicábamos menos tiempo a buscar rastros y huellas y nos limitábamos a caminar lo más rápido que podíamos.

Hasta el puente sobre el Poros, el camino era seguro y lo conocíamos bien. Ioreth seguía sin decir nada. La escuchaba jadear un poco cuando subíamos algún repecho, pero no se quejaba ni hacía más ruido que un zorro entre las hierbas. Apenas paramos a beber algo de agua hasta que el sol estuvo muy alto. Entonces nos alejamos un poco del camino y nos detuvimos en un pequeño claro en el que había un grueso tronco cortado y dispuesto de tal forma que podíamos sentarnos con comodidad.

—Esto era un puesto de guardia —dijo mi mentora—. Ahora ya no son necesarios y los desmantelamos hace tiempo, pero hace años siempre había alguien vigilando desde aquí. ¿Sabes por qué?

—Porque es un punto elevado —respondí.

—Sí, y también porque es el punto más lejano desde el que un hombre puede llegar corriendo al campamento sin detenerse, si carece de caballo.

—Pero hemos recorrido... —Hice un cálculo con los dedos—. ¡Más de veinte millas!

—Sí, mi querida pazguata, y un soldado entrenado puede recorrer esa distancia en poco tiempo. Esta era la primera defensa cuando volvió el rey y todavía había problemas con los hombres del sur. Escúchame bien, May. ¿Sabes a dónde vamos? Sí, claro, vamos a buscar al hijo de Leofred, que no eres tonta. Ha marchado junto a otros dos niños, o no tan niños, que ya tienen doce años. Estoy casi segura de que han tomado esta dirección. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza. Ella sacó dos trozos de pan dulce y me tendió uno—. Porque van hacia las montañas, y el camino más rápido es seguir esta senda hasta el río, y luego continuar por los senderos de la ribera sur. Están buscando orcos.

Me detuve a medio mordisco. Dejé el pan en el suelo y esperé a que mi mentora siguiera hablando.

—Aragorn, el hijo de Leofred, no es mal chico, aunque se deja llevar a donde digan los idiotas de su pandilla. No sé cómo se llaman, son los hijos de... Bueno, da igual. Seguro que uno de ellos también se llama Aragorn, o Boromir, o algo parecido. Sus padres tienen poca imaginación.

»Sé que han ido a las montañas porque han llevado la cuerda que le regalé al hijo de Leofred, lo que significa que quieren llegar muy lejos. Pueden haber ido a hacerse los adultos y a matar a un orco. Pero como no son muy listos, ya te digo, también puede ser que hayan ido a buscar un orco por otras razones. Y si esto es lo que ha sucedido, nadie puede enterarse de nuestra misión, ¿comprendes? Hasta que sepamos lo que ha ocurrido, hemos salido de caza o a recoger moras, lo que más te guste, pero no se te ocurra decir a nadie lo que sabes. Hay al menos tres patrullas y dos expediciones entre nosotras y las Montañas de la Sombra, y si nos cruzamos con ellas intentaremos averiguar si han visto a los niños sin que ellos sepan nuestras intenciones. ¿Te ha quedado claro?

—Entonces... ¿qué respondo si me preguntan? ¡Tengo que decir la verdad! ¡No puedo mentir a un oficial de Gondor!

Mi mentora se llevó una mano a la cara y respiró hondo varias veces. Creo que estaba cansada.

—Mejor deja que hable yo, ¿vale?

Continuamos nuestro camino y no nos detuvimos hasta que cayó la luz. Encendimos un pequeño fuego, porque Ioreth decía que había una patrulla cerca y era mejor que se acercaran a la luz de la lumbre a que lo hicieran en la oscuridad. Al cabo de un rato llegaron tres hombres, exploradores del campamento que había visto en alguna ocasión, y saludaron con alegría a mi mentora.

—¡Saludos, Ioreth! —dijo uno de ellos—. Siempre es un placer encontrarte fuera del campamento. ¡Salve a los recios y barbudos hombres de Gondor!

—Eres un memo, Castamir —respondió la mujer. Pero los dos estaban sonriendo y comprendí que eran amigos.

Se sentaron con nosotras y compartimos algo de comida. Ella dijo que íbamos a cazar a las montañas, y que aprovecharía la caza para que aprendiera a moverme entre las rocas altas.

—Tienes una buena maestra, muchacha —dijo uno de los hombres—, aprovecha sus enseñanzas. Esta mujer trepa como un niño donde los adultos tememos caer y partirnos la cabeza. Los pasos elevados son peligrosos, pero te pueden ahorrar unas cuantas horas de camino, y esa ventaja puede ser decisiva si las cosas van mal.

Los hombres me trataban con más deferencia que en el campamento. Allí me confundían con las criadas de las cocinas; incluso cuando llevaba puesta mi capa y mi espada, me daban mandados como si yo fuera un sirviente. Pero cerca de las montañas todos éramos iguales. Me sentía más valorada. No entendía el motivo, porque no era la primera vez que me alejaba del campamento con mi mentora y que nos cruzábamos con una patrulla. Entonces habló de nuevo Castamir, el jefe de aquellos hombres, su mirada se ensombreció y comprendí que la presencia del mal hacía que valoraran mejor a sus compañeros, tuvieran el aspecto que tuvieran.

—Las cosas están empeorando, Io, debéis tener cuidado —dijo mirando a la mujer—. Ya sabes que los chismes no me gustan, pero se cuentan historias extrañas. Encontramos muchas huellas en las montañas, y no siempre sabemos a quién pertenecen. Cada vez más gente dice que hay un hombre reclutando orcos allí arriba, un mago o algo parecido, y que ya tiene un pequeño ejército bajo sus órdenes. Y también que gobierna a hombres y a orcos por igual gracias a sus poderes.

—Alguien que dice llamarse Herumor, ¿no es así? ¿Crees que hay algo de cierto en eso?

—Puede que sí, y puede que no sean más que rumores. Pero la gente escucha esas historias y... Dicen que dos hombres de la ciudad subieron por la torrentera mientras buscaban un paso hacia el este, buscando a este mago, y no se les ha vuelto a ver. El grupo de *Picadura* salió hace unos días y aún no han regresado. Puede que los estén buscando, y también puede que estén cazando orcos. Si os cruzáis con ellos tened cuidado. Ya sabes que ese hombre ha pasado demasiado tiempo en las montañas.

Ioreth inclinó la cabeza.

—Gracias por el aviso —dijo—. No esperaba ir muy lejos y soy de las que piensa que los orcos se están retirando hacia el este, pero tendremos cuidado de todos modos.

—No hay que mirar hacia el este. Nunca viene nada bueno de allí.

—En el este no crecen más que pesares.

Entonces guardaron silencio. Al cabo de un rato nos echamos a dormir.

Cuando desperté los hombres ya se habían marchado, a pesar de que el sol aún no había salido. Mi mentora me había dejado descansar y había hecho guardia junto con la patrulla. Se lo agradecí con una reverencia, pero ella me dio un pequeño sopapo.

—No te inclines ante mí, chiquilla, que no soy un noble ni tu superior.

—¡Pero debo hacerlo! Sois un hombre de... Bueno, pertenecéis al ejército de Gondor. Además, los chicos de las caballerizas dicen que debo inclinarme cuando pasa un soldado, tenga el rango que tenga.

—En ese caso tampoco deberías hacerlo. Eres una buena exploradora y resultas más útil al ejército que los mozos de las cuadras. No les hagas ni caso, lo dicen porque tu piel tiene el color del sur, y eso les da miedo.

Avanzamos hacia las montañas, ganando altura por senderos cada vez menos visibles. Los árboles dieron paso a los matorrales, y comenzamos a movernos más despacio. A veces teníamos que echar las manos al suelo, e incluso nos ayudábamos de las cuerdas. No estábamos usando los senderos comunes, sino los escondidos, aquellos que solo conocen los exploradores. Ioreth trepaba con seguridad y movimientos fluidos. Parecía que bailaba entre las piedras, subiendo una pierna, apoyándose en una mano, asegurando la cuerda para que yo pudiera seguir sus pasos. No tiraba de mí, pero me sujetaba para que, si resbalaba, no sufriera una caída grave. Así, poco a poco, iba cogiendo confianza en mis movimientos y perdiendo el miedo a las paredes verticales de las montañas. Como nos habían dicho los exploradores el día anterior, aunque esos caminos eran arriesgados, ahorraban un montón de tiempo si uno quería avanzar con rapidez.

Llegamos de nuevo a un sendero. Aunque suspiré aliviada y quise descansar, Ioreth no me dejó hacerlo. No caminábamos muy rápido, pero no nos deteníamos ni para recuperar el aliento. Decía que era importante mantener un paso constante, y que debíamos ser capaces de parar y ocultarnos sin hacer ruido y sin que nos delatara nuestra respiración.

«Camina como si fueras una vaca», me había dicho en una ocasión. «Debes moverte sin movimientos bruscos, pero sin detenerte. Si mantienes la calma mientras caminas, como un becerro, los conejos no saldrán huyendo ni te escucharán tus enemigos. Se llama "la estrategia de las vacas". La utiliza todo el mundo, desde los oficiales a los exploradores, y ha salvado a muchos bravos soldados de Gondor. Pregunta cuando volvamos al campamento y te contarán algunas buenas historias, ya lo verás».

Cuando lo hice, se rieron de mí de lo lindo. Durante meses fui la «chica ternera», y cada vez que lo escuchaba, ella se partía de risa. Desde entonces me cuidé mucho de contar a los demás las cosas que ella me decía.

Pero tenía razón: el paso lento y constante me permitía seguir su ritmo sin que se me acelerara el corazón, y cuando nos deteníamos y ella hacía un ademán para que me agachara, lo hacía sin que mi respiración fuera agitada ni me delatara el menor ruido.

Al caer la tarde nos detuvimos en un rincón oculto entre las piedras. Comimos algo, rellenamos nuestros odres en un arroyo y nos preparamos para pasar la noche. No hicimos fuego, sino que nos tapamos juntas con las capas, y el calor de nuestros cuerpos nos mantuvo abrigadas. Intenté hacer como Ioreth, que dormía sentada y parecía que siempre tenía un ojo abierto, pero caí rendida y dormí profundamente.

Al alba nos pusimos de nuevo en marcha. El cielo se estaba cubriendo y soplaban un aire frío. La mujer fruncía el ceño cuando observaba las nubes. Se detenía, arrancaba unas briznas de hierba y las dejaba caer, estudiando la dirección y la fuerza del viento. Entonces murmuraba una maldición y apretaba un poco el paso.

Comencé a pensar que no íbamos a detenernos hasta la noche. Estaba muy cansada y se me cerraban los ojos, pero intentaba imitar los movimientos de mi mentora para no dejar más huellas de las necesarias y movernos con rapidez. Cuando la luz comenzaba a cambiar de color, hizo un gesto que conocía bien y me eché al suelo. Yo también había escuchado el ruido de unos pies cubiertos de cuero y metal deslizándose sobre las piedras. Lo más probable era que fuera la patrulla de la cual nos habían hablado, pero aun así esperamos hasta que los vimos frente a nosotras.

Así era. *Picadura*, el jefe no reconocido de los exploradores, caminaba al frente, y detrás de él venían otros tres hombres. Su cabecilla tenía ese apodo debido a las marcas que alguna enfermedad había dejado sobre su piel. Se referían a él como el cabecilla, el jefe o, simplemente, *Picadura*, y era el más veterano y curtido de los montaraces al este del Anduin. Todo el mundo lo respetaba por su experiencia, aunque decían que había perdido un poco la cabeza de pasar tantas noches solitarias en las montañas, y que se había vuelto huraño y de trato difícil.

Mi mentora se levantó despacio. Los hombres echaron mano a las armas, pero cuando nos reconocieron se relajaron y se acercaron a nosotras. A pesar de ello, noté con preocupación que ella mantenía la mano derecha sobre la empuñadura de su espada.

—Estás muy lejos de las tiendas, Io —dijo uno de los hombres. Pero *Picadura* le hizo callar con un gesto y levantó una mano en señal de paz. Ella, al cabo de un instante, levantó la mano derecha con el mismo gesto, y yo dejé de contener el aliento. Por alguna razón, aquellos hombres no le inspiraban confianza, y a mí tampoco.

—Salve, *Picadura* —dijo con voz solemne. Entonces dirigió la vista hacia uno de los exploradores, que llevaba un brazo vendado y tenía mal aspecto. —¿Necesitáis ayuda?

—Salve, señora de caballos —respondió el jefe—. No es más que un rasguño. Tiene peor aspecto de lo que es; mi chico ha perdido algo de sangre, eso es todo.

El cielo seguía cubriéndose y el viento soplaban cada vez más fuerte. La patrulla iba a detenerse a descansar, así que buscamos un lugar resguardado y nos sentamos con ellos para compartir la comida y el agua. «La información puede salvarte la vida», decía a menudo mi

mentora. «Nunca pierdas la oportunidad de hablar con amigos, aliados o desconocidos, porque todo lo que te cuenten puede resultarte útil». Entonces comprendí que tanto aquellos hombres como nosotras no estábamos juntos solo para descansar y comer, sino también, y quizá sobre todo, para conversar. Era algo complicado, ya que Ioreth había dejado claro que no debíamos hablar de nuestra búsqueda. ¿Cómo podíamos preguntar si habían visto a los muchachos que buscábamos si no podíamos hablar de ellos?

Los hombres sacaron algo de pan y carne seca, y nosotras hicimos lo mismo. El hombre herido se quitó el vendaje. La piel estaba negra y rasgada. Tenía un buen corte que le dejaría una cicatriz terrible y le habría dañado el músculo, ya que era profundo. No era una herida producida por un animal o una caída; más bien parecía el corte de una espada roma y mal afilada, la espada de alguien que no conocía ni las forjas de los hombres ni el acero de Gondor. Se limpió con agua y un trapo limpio hasta que la herida comenzó a sangrar de nuevo, pero no se quejó ni una vez.

Entonces me fijé en su espalda y sentí un escalofrío. En una cuerda, como si fueran perfiles o gazapos, llevaba un puñado de manos amputadas, grises y deformes, atravesadas por la palma como si fueran botones. Eran manos feas y sucias, de uñas largas y dedos nudosos y contraídos como las patas de una araña muerta.

Uno de los hombres vio mi mirada de asombro y se echó a reír.

—¿No sabes lo que es eso, chiquilla? ¿Nunca te han llevado a cazar orcos?

Negué con la cabeza, y los demás hombres acompañaron al primero en sus risas. Sabía que había orcos en las montañas, pero pensaba que se encontraban al otro lado de la frontera, en las laderas del este, en Mordor. No se había producido ningún ataque desde los últimos días del rey Aragorn, e incluso entonces eran poco más que escaramuzas de grupos aislados y desesperados. No creía posible que aquellos hombres se hubieran aventurado tan lejos, así que los orcos se estaban volviendo más osados y habían salido de sus cuevas a este lado de las montañas. Estábamos a poco más de cuatro días de camino del campamento, si hubiéramos caminado por los senderos normales. Eso era muy poca distancia.

Entonces noté algo que llamó mi atención. Me fijé durante un rato porque, debido a la contracción de los músculos, me costaba identificar bien aquellos dedos gruesos y sucios. Pero todas las palmas estaban hacia arriba y los pulgares se encontraban en el mismo lado.

—Todas son... Son la mano derecha —dije a mi mentora—. ¿Por qué hacen eso?

—La mayoría de los orcos manejan sus armas con esa mano —respondió—, y sin ella no duran mucho en las montañas. No pueden usar un arco ni pelear cuerpo a cuerpo, así que llevar una mano derecha de orco al campamento equivale a decir que has matado a uno de ellos.

—El viejo Gilraen paga dos monedas por cada orco muerto, y nos exige una prueba de nuestro trabajo. ¡Muy bien, aquí está la prueba! ¡Esto es más ligero que llevar sus cabezas! ¡Y más limpio! —dijo *Picadura*, y los hombres volvieron a reír.

Me estremecí. Eso significaba que había orcos cerca de nosotros, aunque si esos hombres habían hecho bien su trabajo, estarían todos muertos. Sabía que eran criaturas malvadas y que no había espacio en ellos para la luz de Gondor, pero, por alguna razón, en aquel momento no sentí alegría por el éxito de los exploradores. Los enemigos del rey debían morir con honor, frente a una armadura plateada y una espada de acero. Sin embargo, imaginé a aquellas criaturas peleando en la oscuridad, gritando y maldiciendo mientras los hombres los mataban como a alimañas. Su delito era haber nacido orcos. No podían evitar su crueldad y su malicia, igual que yo no podía evitar que mi piel fuera oscura o que mis abuelos hubieran luchado contra el rey en los Campos del Pelennor. Pero matarlos, quizá porque era necesario, debía ser un acto de piedad y no una cacería, debía hacerse sintiendo lástima por su corrupción, y no la alegría malsana de quien gana dinero con ello.

—Así nos ganamos la vida, muchacha —dijo *Picadura* mirándome con una sonrisa, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Es una vida dura, pero honrada. Hacemos lo que nos ordenan y lo hacemos bien. Puede que no llevemos las insignias del rey cosidas en la ropa, pero servimos al Árbol Blanco igual que los demás. Todos nos ensuciamos las manos, en las granjas, en las forjas o en las montañas. ¿Ves esto? —preguntó señalando una de las manos amputadas, más pequeña que el resto—. Estamos empezando a encontrarnos con sus cachorros. Los orcos se

reproducen en las cuevas, y si no los mantenemos a raya, nuestros hijos tendrán que luchar contra ellos en las murallas de la ciudad. Hay que exterminarlos antes de que vuelvan a convertirse en un peligro.

—Pensé que eso ya no era posible —dije con la voz entrecortada—. Que sin el Señor Oscuro los orcos ya no podían organizarse. Y tampoco sabía que podían crecer en número.

—Nadie sabe mucho de esas bestias —dijo Ioreth—, pero se reproducen igual que el resto de seres vivos. Hay quien dice que se están retirando y que, si los dejamos en paz, se marcharán y se esconderán para no volver. No sabemos cómo viven ni lo que hacen en tiempos de paz.

—¡Lucharon para Mordor! ¿Qué más hay que saber? —dijo muy enojado uno de los hombres—. ¡Todos los que lucharon por la Sombra deben ser exterminados como ratas! ¡Orcos, bestias, hombres o lo que sean! ¡Llevan la maldad en la sangre, malditos sean todos! No hablamos de señores peleando por un trozo de tierra o por una sucesión al trono. ¡Hablamos del Señor Oscuro, que destruye el color de la tierra y el sabor de la comida! No pide vasallaje, sino un sometimiento total y absoluto con el que hacer la guerra a la luz y los antiguos dioses. Los sureños que lucharon a su lado pensaban que iban a conseguir algo a cambio... ¡Ja! Lo único que buscaba Sauron era un ejército, carne humana a la que subyugar y pervertir. ¡Los necios que lucharon a su lado merecen desaparecer, ellos y sus descendientes!

—Cuida tus palabras —dijo mi mentora—. May es una haradrim, y ahora mismo no sé si la estás ofendiendo o amenazando.

Pensé que iba a empezar una discusión. Me sentí incómoda y fuera de lugar, molesta conmigo y con una situación que no comprendía muy bien por qué se había creado. Intentaba ser merecedora de servir en el ejército de Gondor y, aunque no sea correcto que yo lo diga, lo hacía muy bien, mejor que algunos muchachos de mi edad que tenían sangre más noble que la mía.

Por otra parte, las veces que había tratado con oficiales de alto rango, que eran muy pocas, siempre me habían hablado con gentileza y respeto, mientras que con los hombres de refuerzo, mercaderes y demás, la situación era diferente. No me sentía entre iguales. Me trataban con desprecio o peor, con condescendencia, y sabía que era por mis antepasados, por la elección de mis abuelos. Aquello no era justo, pero una parte de mí les comprendía. Luchar del lado de la oscuridad, bajo las banderas de Mordor, no tenía perdón alguno, y nada bueno podía salir de una persona que hiciera esa elección. Ese era mi pecado y con él debía vivir.

La discusión continuó y las voces se alzaron, pero cuando uno de los hombres se levantó airado, *Picadura* lo tranquilizó con un gesto energético.

—No peleamos entre nosotros —dijo—, no en las montañas. La señora del oeste tiene razón: no juzgamos a los hombres por los pecados de sus padres.

—La traición no es un pecado —respondió el hombre en voz baja—. Es traición.

Pero hizo caso a su jefe y, a pesar de que respiraba con rapidez y su rostro se había encendido, se sentó e inclinó la cabeza con respeto hacia mi mentora.

La conversación tomó otros rumbos, y volvieron a hablar de los orcos, de las manos cortadas, de la leyenda de un capitán orco que era manco y que había comandado un gran grupo después de la guerra (aunque *Picadura* dijo que eso era imposible), y pronto se relajó el ambiente. Hablaron de los pasos de las montañas, del acero de los clavos con los que se sujetaban en los riscos cuando se colgaban en una pared de piedra y vigilaban durante horas ocultos entre las grietas, y también de las antiguas cuerdas élficas, ligeras y resistentes, de las cuales ninguno había poseído una. De forma sutil, sin darle importancia al asunto, Ioreth preguntó por los dos hombres que se decía que habían marchado hacia el este y que habían desaparecido.

—No tengo claro que hayan tomado este camino —dijo *Picadura*—, pero si ha sido así, dudo que les haya ido bien. Hay un grupo de orcos en el cruce hacia el norte. Se esconden en las cuevas de aquella zona y sería un suicidio buscar un paso a las tierras del este por allí. Quizá tengas razón, Ioreth, y estén abandonando las montañas. El grupo con el que nos hemos cruzado creo que habían desertado del mando de su jefe, porque no iban bien armados y parecía que estaban huyendo de alguien a quien temían más que a nosotros. Será ese orco anciano que se esconde en la frontera, que tiene más años y cicatrices que ningún hombre.

—Yo escuche que luchó en el Gorgoroth, cuando cayeron las torres —dijo el hombre herido—, pero quizá sea mentira. Se escuchan muchas tonterías sobre los orcos, y muchas más desde que apareció Herumor.

—¿Crees que es posible? —preguntó Ioreth—. Herumor no era un elfo... Para seguir vivo hasta hoy debería haber hecho un pacto con vete a saber qué dioses. O eso o la historia nos ha mentido, que también puede ser.

—Hace años que se habla del regreso de Herumor el númeroneano, pero podría ser él tanto como un elfo loco que se haya separado de su grupo y haya perdido el juicio. No importa que sea cierto o no, el problema es que la gente habla de ello y lo cree así. Una mentira contada cien veces... Y es verdad que se escuchan cosas extrañas. Dicen que los orcos son cada vez más fuertes, y que los elfos abandonaron la tierra porque no se querían enfrentar a esas bestias otra vez. Sí, lo sé, es una tontería, pero hasta los soldados prestan atención a esos chismes y luego lo cuentan en la ciudad. La gente esparce rumores como semillas al viento, y no piensan en el daño que hacen.

—Nosotros no somos elfos —sentenció *Picadura*—. Quizá tengamos un lugar reservado entre los grandes cuando se agote nuestra vida, y quizá no. Envejecemos y morimos, y ni siquiera los reyes se libran de la vejez. No creo que los orcos puedan vivir tanto tiempo. Yo también he oído que hay un orco escondido en las montañas que luchó en los campos del Pelennor, pero eso sería un insulto hacia los hombres. Que vivieran más que nosotros es... Solo pensarlo me pone enfermo. De todos modos, a ese tal Herumor, si es verdad que trata con los orcos, y a todo aquel que predique el regreso de la oscuridad, o como quieran llamarlo, sea hombre, elfo o monstruo, deberíamos separarle la cabeza de los hombros, con rapidez y una espada afilada.

—No puede haber hombres tan tontos como para creerse esas historias —dijo mi mentora con una sonrisa—; incluso me atrevería a decir que tampoco puede haber mujeres así. — Ese comentario provocó algunas risas—. Pero supongo que tienes razón, si los dos hombres que buscabais llevaban el camino del este. Espero que fueran solos y no con sus familias, o algo parecido.

—Partieron solos, o al menos eso nos dijeron en el valle y eso indica su rastro. Pero ayer vimos un par de huellas en el collado de los Tres Gordos —continuó diciendo el jefe— antes del cruce con el sendero del Troll. Eran pequeñas para ser de hombres adultos, y ningún mozo del campamento se internaría tanto en las montañas. Tened cuidado, porque no creo que fueran gentes de Gondor. Quizá los cachorros de orco están empezando a vestirse como nosotros. Esos malnacidos no son tontos y están aprendiendo... Escuchad bien lo que os digo: si no acabamos con ellos, pronto estaremos luchando contra orcos armados con acero fuerte y pieles curtidas. Y eso si no mezclan su sangre con algún pueblo del... Bueno, con alguno de sus aliados.

El hombre se había guardado de insultarme de nuevo; hasta yo me había dado cuenta. Pero nos había dado una información muy valiosa, y no pude menos que maravillarme por la habilidad con la que Ioreth había conducido la conversación. Teníamos lo que necesitábamos, y ellos en ningún momento pensaron que nosotras podíamos estar buscando el rastro de unos muchachos humanos, de buena familia, aunque descerebrados como un troll al mediodía.

Al cabo de un rato nos retiramos a descansar, aunque en esa ocasión me aseguré de ser incluida en los turnos de guardia. Noté que, fuera del campamento, aquellos hombres tenían costumbres diferentes a cuando dormían al abrigo de las tiendas. Nadie hacía el menor ruido. No respiraban de forma pesada, ni emitían los típicos ronquidos tan habituales entre los soldados. Durante mi turno, creí ver a *Picadura* descansando plácidamente con un ojo abierto que no perdía de vista la sombra de las montañas del este. Y mi mentora, a pesar de que la noche anterior apenas había descansado, durmió en lo que ella llamaba la «pose de taberna», que consistía en permanecer sentada, con la capa cubriendo su rostro, con la espada en la mano derecha y el arco a su lado izquierdo, preparado para ser usado al menor ruido. Los chicos de los establos decían que una vez se había quedado dormida en una posada en las afueras de Minas Tirith, así sentada, y que un hombre se había acercado para ver si se encontraba bien, según él, y para aligerarle el peso de la bolsa, según ella, y que el hombre había salido corriendo con la voz tan aguda como la de un niño. Pero no entendía muy bien lo que querían decir con eso.

Al día siguiente nos separamos con cordialidad y buenas palabras, pero hasta que no llevábamos unas horas caminando Ioreth no dijo ni una palabra, ni me dejó hablar a mí. Al mediodía, cuando terminamos de trepar por una grieta larga y peligrosa, en la que tuvimos que recurrir a las cuerdas y un par de clavos, nos sentamos a reponer fuerzas y a comentar la información que nos habían facilitado los exploradores.

—¿Qué opinas? —me preguntó—. ¿Crees que los hombres de *Picadura* están en lo cierto?

—No sé qué decir —respondí—. No creo que los cachorros de los orcos se vistan como los humanos, yo creo que las huellas que vieron son las de los chicos que buscamos.

Mi mentora me dio un golpe con la mano abierta en la nuca, como hacía cuando decía una tontería.

—Pero mira que eres pazguata, lela y medio boba —dijo—. Por supuesto que son las huellas que buscamos, solo a unos cabezas huecas como esos se les puede ocurrir que los orcos se vistan con ropa y botas de cuero. Me refiero a todo lo demás. A que la Sombra está volviendo, y lo de ese tal Herumor. O quien sea que está hablando en su nombre.

Iba a decir que no, que era imposible que un buen ciudadano de Gondor, que hubiera crecido bajo la paz y la mano del rey, pudiera albergar tales pensamientos. Dudé. No sabía por qué, pero no pude responder.

—Cuesta creer en algo así, ¿verdad? —siguió diciendo—. Que alguien pueda mirar con nostalgia hacia el este, como si allí estuviera su juventud o la gloria de días pasados. Pero no todos los hombres son sinceros, por muchos juramentos que hagan. La raza no asegura la nobleza, eso lo sabes bien, igual que tu piel oscura no te convierte en enemiga de los pueblos libres. Te cuesta pensar en ello, porque si no todo es blanco, quizá no todo sea negro, y entonces las cacerías de orcos no serían tan justas y necesarias como nos hacen creer.

—Los orcos son seres malvados —dije con un hilo de voz—. No se puede negociar ni pactar con ellos. El rey Aragorn en persona intentó que abandonaran las montañas de forma pacífica y tuvo que recurrir a las armas.

—No seré yo quien diga lo contrario, muchacha —respondió—. Los orcos nacieron para odiar y destruir la belleza. Pero se decía que después de la guerra había hombres en el sur, incluso en el oeste, hacia el mar, que tenían algo de orco. ¿Qué haríamos con esos hombres? Puede ser que algún pariente suyo hubiera forzado a una muchacha humana. Y quizá el hijo nacido de aquel acto terrible tuviera a su vez un hijo, si no era estéril como los mulos, que tendría sangre de orco. Ahora dime, mi pequeña mostrenca. ¿Habría que pasar a ese niño por la espada? ¿La sangre de su abuelo lo convertiría en un monstruo? Entonces, ¿cortarle el cuello cuando fuera un bebé sería un acto piadoso?

—No, ni mucho menos —respondí con firmeza—. Merecería respeto hasta que fuera adulto, y entonces sería juzgado por sus actos como cualquiera de nosotros. Pero si fuera malvado por naturaleza, como pasa con los orcos puros, entonces habría que pasarlo por la espada.

—Me alegra que pienses así —dijo dándome una palmada amistosa. Pero tenía tristeza en la mirada. —Porque si vamos a un nido de orcos, quizá encontremos guerreros, y si los orcos se están multiplicando, también encontraremos a sus familias. Me gusta saber que no dudarás en atravesar con una flecha a sus cachorros, aunque todavía viajen con sus madres.

En aquel momento pensé que Ioreth era una mujer muy cruel.

Caminamos hasta entrada la noche, pero el cielo estaba cubierto y no contábamos con luna ni estrellas, así que nos detuvimos a descansar. Al día siguiente, al poco de comenzar a caminar, llegamos al collado de los Tres Gordos y vimos el rastro inequívoco de unos pies humanos.

—¿Cómo han podido equivocarse? —pregunté a mi mentora—. Está claro que no son huellas de orcos.

—Tú sabes lo que buscas —respondió—, pero ellos ni siquiera conciben que unos chiquillos hayan podido venir hasta aquí por voluntad propia. Ten la mente abierta, pazguata mía, y no busques los rastros que esperas encontrar. Has de ver más allá. De no estar buscando a unos niños humanos, ¿tú pensarías en pies calzados con botas de cuero?

—Es más razonable que el hecho de que sean orcos.

—Sí, eso es cierto. Esto es lo que ocurre cuando pasas demasiado tiempo en las montañas, que todo lo que ves son orcos. Para un herrero, todas las espadas necesitan un arreglo. Mantén los ojos abiertos, niña, porque equivocados o no, esos hombres se las han visto con esos monstruos... A partir de aquí, hablaremos solo cuando sea necesario.

Seguimos caminando y, al poco rato, encontramos restos de una pelea. Había sangre en el suelo, seca y negra, y rastros de muchos pies y de cuerpos tendidos. Pero no encontramos más que restos de cordajes y un trozo de tela. Sin duda era allí donde los hombres de *Picadura* se habían enfrentado a un grupo de orcos. Recordando sus palabras, que parecía que estaban huyendo, nos pusimos a buscar su rastro con cuidado. No tardamos en encontrarlo y, después de seguirlo durante un tiempo sin dificultad, comenzó a caer la luz. Entonces nos apartamos del camino y buscamos un lugar resguardado donde pudiéramos pasar la noche y reponer fuerzas lejos de ojos y oídos indiscretos. Nos movíamos despacio y hablábamos casi en susurros.

—Dicen que los orcos han aprendido a caminar bajo la luz del sol, pero sin duda siguen siendo más peligrosos por la noche —dijo Ioreth mientras comíamos unas tiras de carne seca—. A menos de una hora a paso vivo están las cuevas del Zancajo, pequeñas salas de piedra sin apenas pasadizos ni túneles, pero suficientes para resguardarse del frío. El Arroyo del Manco nace muy cerca de aquí, y es un buen lugar para cazar. Así que cuidado, niña, no nos convirtamos en sus presas.

Mi mentora decía a menudo que no debía dejarme dominar por el miedo, que debía mantener la cabeza y el corazón fríos en todo momento, pero sus palabras me pusieron muy nerviosa. Fue una noche larga en la que solo tuve los ojos cerrados unos pocos minutos.

El sol salió por fin, como hacía todos los días. Miré hacia el este, y la luz mortecina del amanecer iluminó las tierras negras que se extendían al otro lado de las Montañas de la Sombra. Estábamos casi en la frontera. Ioreth se despezó despacio. Le llevó un tiempo ponerse en marcha. Los huesos le dolían cuando pasaba varias noches durmiendo sobre piedra, y la falta de descanso comenzaba a pesarle. Pero me dedicó una sonrisa y, con un apretón en el hombro de su mano fuerte y firme, me reconfortó y me hizo pensar que todo iba a salir bien. Comenzamos a caminar con cuidado. Llegamos a las cuevas del Zancajo, y en una de ellas, que era poco más que un refugio con un techo de piedra y tres paredes, encontramos restos de un fuego y de carne cocinada. No era una hoguera de los orcos, que por lo general no las necesitan y, cuando hacen una, se limitan a apilar un montón de ramas y a prenderles fuego. Era una hoguera hecha por humanos, aunque no muy diestros. Aún no habíamos visto a los muchachos que buscábamos, pero estábamos seguras de que íbamos por buen camino.

Al cabo de un tiempo escuchamos voces. Una de ellas no era humana, lo supe al instante. Era seca y desagradable, como el gruñido de un perro rabioso. Nos detuvimos. Esperamos un momento y comenzamos a avanzar muy despacio entre las piedras, evitando las hierbas secas que pudieran delatarnos al pisarlas, hasta llegar a una posición elevada desde la que controlábamos la entrada de la cueva. Las voces se escuchaban con claridad desde allí y mi pulso se aceleró, pues si una de las voces era de un orco, ahora distinguía otras dos voces sin duda humanas, y sin duda infantiles.

Esperamos un buen rato, hasta estar seguras de que no había más orcos cerca y hasta que el sol estuvo bien alto, aunque las nubes cubrían el cielo y la mañana era menos luminosa de lo que nos hubiera gustado. Salimos de nuestro escondite y nos dirigimos a la entrada de la cueva. Era una entrada amplia y, al fondo de la primera sala, apenas iluminados por la luz del día y un fuego débil, encontramos a los niños que buscábamos en la peor compañía posible.

Aunque nunca había visto a un orco, había escuchado descripciones muy detalladas sobre ellos. Pero en ese momento, todo lo que había imaginado resultó estar equivocado.

Recostado sobre un enorme cojín que parecía hecho de ramas y hierbas secas, tumbado sobre una manta vieja como las que se usaban en las cuerdas del campamento, atendido por tres niños humanos como un rey en su reino de piedra, se encontraba un ser de aspecto terrible. Era un orco grande y fiero, más grande que cualquier hombre, con el pecho descubierto lleno de cicatrices viejas y de algunas heridas nuevas. Tenía el rostro y las manos arrugadas como las de

un anciano, pero los brazos fuertes y firmes de quien blande una espada a diario. Mechones de pelo gris caían sobre sus hombros y dejaban al descubierto unas orejas grandes y algo puntiagudas, deformadas por los golpes y las heridas. Sus ojos eran negros y oscuros, y al mirarlos sentí un escalofrío.

Nos vio acercarnos sin decir ni una palabra. Los muchachos se volvieron y emitieron un grito de sorpresa, sacaron unas dagas pequeñas y afiladas y se colocaron a su alrededor en actitud protectora. Mi mentora no se detuvo y siguió acercándose, aunque más despacio, con su espada corta en la mano derecha y una cuerda, enrollada y con dos grandes nudos en los extremos, en la izquierda. Yo saqué mi espada y la agarré fuertemente con las dos manos. Nos detuvimos a pocos metros del extraño grupo. Reparé en que los chicos estaban curando las heridas del monstruo, ya que habían colocado vendas y emplastos en sus piernas y estaban limpiando un tajo con mal aspecto que le cruzaba el pecho. Algunos cortes parecían recientes, pero otros no lo eran tanto. Sin duda, aquel monstruo había peleado por igual con hombres y orcos.

—Me llamo Ioreth de Rohan —dijo mi mentora— y no estoy aquí para matarte, aunque lo haré si es necesario. He venido para llevar a estos mocosos con sus padres. —Los niños se apretaron un poco más junto al cuerpo del orco, como si buscaran su protección al tiempo que nos apuntaban con sus cuchillos—. Quieran o no. Y como esa es mi misión, tú vas a esconderte en esas cuevas y nuestros caminos, si tienes suerte, no se volverán a cruzar.

El orco emitió un ruido extraño, como si quisiera escupir un pedazo de hueso que hubiera estado masticando. Entrecerró los ojos y abrió la boca, y comprendí que estaba riéndose.

—Para intentarlo —dijo cuando terminó de reír.

—¿Qué quieres decir, monstruo?

—Que eres Ioreth de Rohan —respondió el orco— y no has venido hasta aquí para llevarte a estos niños. Has venido para intentarlo. Porque los mocosos, como tú los llamas, han renegado de sus padres y no irán contigo. Yo soy Maugar de las Piedras del Este. Luché contra los hombres de Gondor antes de la Caída de las Torres. Luché contra el rey retornado, y luché contra su hijo. He sobrevivido a todos ellos y tú, muchacha, no me das ningún miedo.

Mi mentora miró a su alrededor y sonrió, aunque noté que ya no confiaba en salir de allí de forma rápida y sin luchar, como era su intención.

—No veo ningún orco a tu lado —dijo—. Hace un par de días mataron a unos cuantos cerca de aquí. No creo que quede nadie de tu pequeña banda. Te han abandonado todos, monstruo. Tú solo eres un viejo orco herido y nosotras somos dos arqueras y espadachinas expertas. Me he apiadado de ti y te estoy dando la oportunidad de salir con vida de aquí. Deberías aprovecharla.

—¡No tienes ni idea! —gritó uno de los chicos. Lo reconocí: era Aragorn, el hijo de Leofred. Sonreí sin querer, pensando que su nombre debía enfurecer al orco si lo que decía era cierto. Pero confundió mi sonrisa con menosprecio y me apuntó con su cuchillo cada vez más enfadado. —¡No os burléis de él! ¡No os atreváis a hacerlo! ¡Es Maugar, uno de los grandes orcos del Señor Oscuro! ¿No lo habéis oído? ¡Luchó en los Campos del Pelennor! Es más anciano, más fuerte y más sabio que ningún hombre. ¡Los hombres de hoy son débiles! ¡Pero gracias a él mañana volverán a ser fuertes!

—No sabes lo que dices, muchacho. Pero vais a venir con nosotras. No tienes ni idea del peligro que corres al lado de este monstruo.

—Tú no eres de Gondor —dijo el orco. Entonces se incorporó, muy despacio, y las dos retrocedimos de forma instintiva. Su altura y corpulencia imponían respeto, aunque no llevara armadura. Estaba segura de que solo con el cuchillo de su cinturón podría hacerme pedazos. Di unos pasos hacia atrás.

Maugar puso un brazo sobre los hombros de uno de los muchachos. De ese modo nos mostraba el poder que tenía sobre ellos, pero quizá lo necesitaba para apoyarse y no tambalearse, lo que significaría que sus heridas eran graves y que se encontraba débil.

—Vienes de Rohan —continuó diciendo—. Conozco esas tierras y a su gente. He matado a hombres allí. Y también a mujeres. Habrías hecho bien quedándote en tu tierra, señora de caballos. Nadie debería morir tan lejos de su hogar.

—No voy a morir aquí —respondió—. Y no hables de hogar, los orcos no sabéis de lealtad a personas o a lugares.

—No sabes nada de nosotros.

—¡Nadie conoce a los orcos! —gritaron los chicos a la vez, como si fuera un conjuro aprendido, o un grito de batalla—. ¡Nadie conoce a los orcos!

—Los orcos no tenemos un lugar al que ir cuando nos matan —dijo el monstruo con su voz grave y rasgada—, como tienen los hombres. Y tampoco nos dieron una vida larga como a los elfos. Ningún dios nos protege. Si caen nuestros amos, nadie nos acoge. Nos dicen que luchemos y luchamos. Nos dicen que muramos, y morimos. Conocemos el látigo si tenemos suerte, y el terror si no la tenemos. Pero te diré una cosa, mujer. Cuando ya nadie se acuerde de vosotros, cuando Gondor ya no exista, la mención de los orcos hará temblar al más valiente de los hombres. Somos tan fuertes como las montañas. No sabes nada de nosotros, ni tú ni ninguno de tus señores.

—¡Nadie conoce a los orcos! —gritaron de nuevo los chicos.

—¡No sabéis nada de nosotros y eso será vuestra perdición! —gritó el orco cada vez con más violencia—. No quedan brujos o dioses que nos manden a luchar, no rendimos cuentas a nadie. ¡Y ninguno de vosotros volverá a esclavizarnos! Pensáis que sin la Sombra no tenemos voluntad y somos poco más que bestias, pero os equivocáis. Estamos vivos, ¡y somos libres!

El orco respiró pesadamente. Su enorme pecho subía y bajaba con su respiración agitada. Ioreth y yo dimos un paso atrás.

—Ya he escuchado suficiente —dijo ella.

Soltó un extremo de la cuerda que llevaba en la mano izquierda, la volteó sobre sí y golpeó a Aragorn en la cabeza con uno de los extremos anudados. El muchacho soltó su cuchillo y cayó al suelo, consciente, pero tan aturdido que no podía ni gritar de dolor. Cuando el otro muchacho se abalanzó sobre ella gritando, lo golpeó en el hombro con el plano de la espada, con tanta fuerza que pareció elevarse en el aire antes de caer al suelo.

Yo me preparé para enfrentarme al otro chico, muerta de miedo y confiando en que Maugar no se me echara encima, pero entonces escuché un ruido a nuestra espalda, me volví y el enorme orco dejó de preocuparme. En la entrada de la sala, cortando nuestra retirada, había aparecido un grupo de aquellos seres repugnantes.

Esos orcos se parecían más a las descripciones que yo había escuchado. Portaban espadas romas y oxidadas, y no eran tan grandes como Maugar. Eran más menudos que los hombres, pero, si algo había aprendido como pupila de Ioreth, es que nunca hay que juzgar a una persona por su apariencia, y que cualquier enemigo con un arma en la mano puede ser mortal.

Me agaché, cogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas al primero de ellos. Por pura suerte le acerté en un ojo y se echó hacia atrás, tapándose la cara y aullando de dolor. Otro corrió hacia mí, esquivé un golpe que tenía más fuerza que técnica y, cuando rebasó mi posición, le golpeé con mi espada en su nuca desprotegida y cayó al suelo para no levantarse.

Me volví hacia Ioreth y nos colocamos espalda contra espalda, algo importante para evitar golpes traicioneros, y también para no herir a nuestros compañeros por error. El grupo no era numeroso y estaba desorganizado; atacaron sin ninguna estrategia, y nos defendimos como mejor pudimos, yo con mi espada, y ella con su espada y la cuerda, con la que hacía tropezar y caer a los orcos para luego asestarles un golpe fatal. Ataqué al último de ellos sin alcanzarlo, pero en vez de continuar la pelea, se dio la vuelta y huyó. Grité con todas mis fuerzas, y eso alivió la tensión de mi cuerpo y me hizo soltar una carcajada de pura alegría. Había sobrevivido a mi primer combate contra los orcos. ¡Había matado a uno de ellos! Entre el miedo y la excitación de la pelea sentí una sensación nueva: orgullo, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Mi mentora se encontraba de pie, cubierta por la sangre espesa y negra de aquellos monstruos. No parecía herida. A sus pies se encontraba Aragorn, hijo de Leofred, casi inconsciente por el golpe que le había propinado la mujer que, ahora lo entendía, había realizado aquellos nudos en la cuerda para neutralizar a los chiquillos sin causarles heridas graves. Pero otro de los niños había corrido hacia la entrada de la cueva, huyendo junto a los orcos, y cuando iba a gritarle que se detuviera, el último de aquellos monstruos se volvió y, con un solo golpe de su espada, le cortó el cuello con tal violencia que a punto estuvo de separarle la cabeza del cuerpo.

Cayó al suelo sin hacer ni un solo ruido, muerto antes de chocar contra las piedras. Aunque el orco intentó huir, yo fui más rápida; me dio tiempo a sacar mi arco, colocar una flecha y disparar casi sin apuntar, pero con el tino suficiente para acertarle en la espalda y que la punta de acero asomara por su pecho. Me volví y, al otro extremo, donde se abría un túnel que se internaba en las montañas, vi recortada la figura enorme de Maugar junto al muchacho en el que se apoyaba. Se detuvo en su huida. Se dio la vuelta y nos dedicó una sonrisa llena de maldad. Se colocó detrás del muchacho, puso las manos sobre su cabeza y el niño levantó hacia él una mirada de respeto y gratitud.

—Soy Maugar de las Piedras del Este —dijo con una voz que retumbó en toda la cueva—. Soy un orco libre, y si Herumor o cualquiera de vosotros me persigue, lo mataré, y luego bajaré al valle y quemaré vuestros pueblos hasta los cimientos.

Las dos nos quedamos paralizadas por un segundo. Cuando pensé que iba a partir el cuello del niño como si fuera una rama seca, lo golpeó con su enorme puño y el chico se desplomó, inerte como una marioneta a la que hubieran cortado los cables. El monstruo se giró y desapareció en la oscuridad del túnel.

Quise correr hacia allí, pero Ioreth me detuvo. Cogió a Aragorn, lo cargó sobre sus hombros y nos alejamos hacia un lateral de la entrada de la cueva. Con cuidado, por si los orcos huidos nos hubieran tendido una emboscada, nos parapetamos tras unas piedras y esperamos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo al cabo de unos instantes—. Yo traeré al pequeño idiota que estaba con el orco, tú acércate al cuerpo del chiquillo al que han cortado el cuello. Coge lo que veas que pueda servir para identificarlo, anillos, colgantes, broches o lo que sea. Corta un mechón de sus cabellos y guárdalo. Ten cuidado; no creo que los orcos estén cerca, pero no corras riesgos.

—Pero no podemos dejar aquí su cuerpo —dije en voz baja—. Tenemos que llevarlo al campamento para que puedan...

Ioreth no me dejó continuar. Me dio una bofetada tan fuerte que me dejó mareada unos instantes y me produjo un corte en el labio. Me quedé tan sorprendida que no pude ni quejarme.

—Escúchame bien —dijo muy enfadada—. Tenemos que salir de aquí si queremos salvar la piel, ¿entendido? Tenemos que salir rápido, vamos a cargar con el niño estúpido de Leofred y el imbécil de su amigo, y eso nos lo pone difícil. Primero nuestra vida, y luego el honor de los idiotas de sus padres. Y como me repliques te cruzo la cara otra vez.

Dijo esta última frase mientras yo abría la boca, como bien suponía, para replicar. La cerré, porque no soy muy lista, pero tampoco soy tonta. Mi mentora tenía razón, así que me levanté y me dirigí al cuerpo del niño. Parecía haber muerto con una sonrisa, como si se sintiera feliz de morir a manos de aquellos monstruos. Había salido corriendo junto a ellos como si fuera uno más, pero los orcos tenían muy claro a quién querían a su lado y a quién no. Quizá lo habían matado al ver a un humano, sin darse cuenta de que era uno de los niños que acompañaban a Maugar, o quizá lo habían matado por esa razón. No sabía si los orcos habían aparecido para acabar con aquel monstruo o para protegerlo, pero en aquel momento me daba igual. Teníamos que salir de allí lo antes posible y las preguntas tendrían que esperar.

Recogí todo aquello que me pareció importante, incluido un mechón de su pelo. Cuando volvía hacia la protección de las piedras pasé junto al cuerpo del primer orco que me atacó, al que yo había dado muerte, que se encontraba tendido de espaldas. Quise mirar a sus ojos vacíos y recordar su rostro, así que le di la vuelta con el pie. Había en él algo extraño. Tenía la ropa abierta por el tajo de mi espada, y al fijarme en su cintura desnuda comprendí lo que era. No era un macho adulto, sino una hembra joven. No tenía ni la menor idea de su edad, podía tener tanto cinco años porque crecieran con rapidez, como las bestias, o cincuenta, si vivían más tiempo que los hombres.

No sentí pena ni compasión alguna. Aquel monstruo me había atacado y yo lo había matado. Éramos enemigos naturales igual que lo son los zorros y los conejos. Pero tampoco me sentí complacida. Sin pensarlo demasiado hice una pequeña reverencia. Era el primer orco al que mataba. No iba a mutilar a aquel ser para cobrar una recompensa. Cogí la espada que estaba en el suelo junto a su cuerpo y la coloqué en su mano derecha. Me pareció lo correcto, aunque no supe muy bien por qué.

Llegué hasta mi mentora. Había visto lo que había hecho, pero no dijo ni una palabra. Mientras yo realizaba la tarea que me había pedido, ella había atado de pies y manos a los muchachos, que se encontraban inconscientes a sus pies. Me fijé en que los dos tenían una pequeña mancha roja en el cuello. Miré a la mujer, que no hizo caso a mi pregunta silenciosa, cargó con uno de los muchachos a hombros y comenzó a caminar con cuidado. Aunque no me lo hubiera confirmado, yo estaba segura de que los había dormido estrangulándolos hasta dejarles sin respiración. Teniendo en cuenta nuestra situación, y que bien podían ponerse a gritar en cuanto estuvieran conscientes, no me sentí con fuerzas para decirle nada.

Cargué al otro muchacho sobre mis hombros, como había visto hacer a ella, salimos de allí y volvimos sobre nuestros pasos todo lo rápido que la prudencia y el lastre que llevábamos nos permitía. Descendimos algunos pasos complicados con las cuerdas, bajando a los chicos atados sin ningún cuidado, por lo que, al caer la noche, cuando nos detuvimos en un lugar seguro, estaban llenos de golpes y magulladuras. Ioreth amenazó con volver a estrangularlos si hacían el menor ruido, pero no fue necesario. Estaban aterrorizados.

Descansamos unas horas y partimos antes del amanecer. Caminamos en silencio y atentos a cualquier ruido extraño. Tan solo nos detuvimos en dos ocasiones hasta que volvió a caer la luz y, al día siguiente, el tercero que íbamos a pasar sin apenas dormir o descansar, dejamos atrás las zonas más escarpadas y llegamos a un arroyo de agua clara, donde pudimos detenernos y recuperarnos de aquellas agotadoras marchas. Aquella noche, por fin, Ioreth rompió su silencio.

—Contadme lo que ha pasado ahí arriba —preguntó a Aragorn, que no había hablado más que para pedir agua desde que lo capturamos y parecía más entero que su amigo, que seguía cabizbajo y silencioso. El muchacho la miró sin comprender y mi mentora resopló con cansancio—. Os estoy preguntando por vuestra versión de lo que ha pasado, muchachos, porque van a haceros muchas preguntas en el campamento y no quiero que me busquéis problemas a mí, a Leofred, que es mi amigo, o a vosotros mismos, aunque eso no me importa tanto. Pero tened por segura una cosa: como empecéis a decir que habéis ayudado a los orcos voluntariamente, y que vuestro amigo ha muerto porque era tan idiota como vosotros, os encerrarán en una torre y perderán la llave, o quizá os saquen la tontería a garrotazos, que es lo que tenían que haber hecho vuestros padres cuando erais pequeños. Ahora me temo que ya sea demasiado tarde.

—¡Señora! —dije con reproche—. ¡Un poco de compasión, que solo son niños! Han visto morir a su amigo a manos de... bueno, de unos orcos en los que ellos confiaban, por la razón que fuera. No es importante regañarlos ahora ni hacerles sentir culpables, sino saber qué les ha llevado a hacer tal cosa, para que no vuelva a ocurrir.

Mi mentora me miró y volvió a resoplar.

—Tienes razón, chiquilla, maldita seas —dijo—. Y cuando la tienes, no tengo problema en dártela. —Se volvió hacia el muchacho y le tendió un pequeño odre que bebió con ansia—. Lo siento, muchacho, esto tiene que ser duro para ti. —Le quitó el odre y se lo tendió al otro niño, que lo bebió hasta apurarlo—. Pero si no me hacéis caso, los problemas os perseguirán durante años. Aragorn, empieza por el principio.

—Yo... —El chico titubeó y pareció que iba a callarse de nuevo. Agachó la cabeza para ocultar que se le había escapado una lágrima, pero no se derrumbó. —Hace unos meses, Elvin nos dijo que Herumor estaba en las montañas, que se lo había escuchado decir a unos mercaderes. Decía que su padre siempre se está quejando de que los hombres de Gondor son blandos, que ya no tienen la fuerza de antes, de cuando volvió el rey. Y que los elfos se han marchado para no volver. Y que algún día los enanos saldrán de las montañas para quitarnos el oro, porque ellos siguen escondidos en la tierra y nadie sabe cuántos son, pero les gusta el oro y un día saldrán de sus cuevas para quitárnoslo. Y que cuando lleguen a Gondor no habrá hombres fuertes para detenerlos... Y que estaremos perdidos, y que nos obligarán a trabajar en sus minas, a no ser que... Para hacerles frente solo habrá...

—Orcos —dijo Ioreth con resignación—. Que los orcos serán los únicos que podrán luchar contra los enanos, y que necesitamos a esas bestias para protegernos de ellos. Que me rebocen en barro del establo si no es la estupidez más grande que he escuchado en mi vida.

—Sí, eso, que los orcos lucharán por los hombres y que tenemos que aprender de ellos a ser fuertes. Y, bueno, luego estaba ese explorador, *Picadura*, que decía que había orcos cerca del campamento, y le hizo un plano a Elvin, no sé cómo lo consiguió, estaría borracho, como siempre. Y, bueno... Y ahora, Elvin ya no... Está...

El chico siguió hablando un largo rato, a veces con rabia y a veces con la candidez de los niños. Nos contó que el padre de Terren, el otro muchacho que no había abierto la boca, decía que había peleado contra un orco, y que este le había desarmado y perdonado la vida y desde entonces no dejaba de entrenar con la espada para volver a pelear con él, y que el orco se había portado como un caballero, con más dignidad y honor que los oficiales del ejército. Yo pensaba que todo aquello no eran más que tonterías, y un gesto de mi mentora me confirmó que ella tampoco creía ni una palabra. Aquel hombre sería un buscavidas, un desterrado que no tendría ni oficio ni forma de ganarse el pan y que se inventaba esas cosas para que le echaran unas monedas por compasión en las tabernas. Pero a la gente le gustaban las historias de ese tipo, aunque endulzaran la imagen de aquellos seres terribles que no dudaban en matar a un chiquillo a sangre fría.

—Maugar es el orco más fuerte del mundo —dijo Terren, animándose a hablar—. Dice que luchó en combate singular con el rey, y que lo puso de rodillas y que le habría cortado la cabeza si no le hubieran atacado un montón de hombres con flechas y lanzas. Es muy viejo, y también muy fuerte y muy sabio, y nos iba a enseñar... No sabemos nada de ellos y... nos iba a... Decía que era libre. Que nadie volvería a gobernarlo nunca y que cortaría la cabeza de quien se atreviera a intentarlo.

—Escuchamos que un hombre llamado Herumor iba a gobernar a los orcos —siguió diciendo Aragorn—, y que los estaba haciendo fuertes, y que todo aquel que lo seguía se volvía fuerte como ellos, y... Fuimos a las montañas para buscarlo, y encontramos a Maugar y pensamos que él nos llevaría hasta Herumor, pero no era así. Él es diferente. Dijo que nos enseñaría a manejar la espada mientras lo curábamos. Que nos haría fuertes como él. No responde ante nadie, y nadie le da órdenes ni le dice lo que tiene que hacer y... Que no sería esclavo de nadie otra vez. Que si encuentra a Herumor le cortará la cabeza. Los orcos son fuertes. Nadie conoce a los orcos.

Los chicos, finalmente, guardaron silencio. Terren comenzó a sollozar y su amigo pronto se unió a él. Ioreth no los consoló, pero los tapó con su manta de viaje y los recostó para que se desahogaran tranquilos y se durmieran de puro agotamiento, cosa que sucedió al cabo de unos minutos.

—Sí que estaban cansados, han caído dormidos como bebés —dije. Entonces reparé en el odre que mi mentora les había ofrecido. —No les habréis dado alcohol...

—Claro —respondió con naturalidad—. ¿Se te ocurre algo mejor para que se duerman y nos dejen descansar un poco? —Encogí los hombros y no dije nada, porque algo de razón tenía—. Y bien, ¿qué opinas de todo esto?

—Hay muchas cosas que no entiendo. Pensé que los orcos no vivían mucho tiempo, pero este Maugar dice que tiene un montón de años. ¿Y quién es ese Herumor? Por lo que he oído parece un brujo capitán de un ejército de orcos, por lo menos.

—En una cosa tiene razón ese monstruo, y es que no sabemos casi nada de ellos. Llamamos «orcos» a esos seres como si todos fueran iguales, pero no es así. Supongo que a ellos les ocurrirá igual. A nosotros nos llaman «humanos» como si los hijos de Elendil fueran iguales que los jinetes de Rohan, pero no vivimos el mismo tiempo ni somos igual de diestros. Entre ellos quizá suceda lo mismo. Si ese monstruo sirvió cerca del Señor Oscuro quizá recibió algún don especial. O quizá tiene sangre de los elfos, como dicen que ocurría con los primeros orcos, y por eso vive más tiempo que el resto. No lo sé. Respecto a lo de Herumor... Será un aprendiz de mago sin talento que ha pasado demasiado tiempo entre libros. Habrá leído alguna vieja leyenda sobre el retorno del númeroneano y se habrá hecho pasar por él, o puede que incluso se crea que es una reencarnación de uno de los antiguos hombres, o vete tú a saber. Además, aquellos orcos que llegaron a la cueva después que nosotros no parecía que fueran a ayudar a Maugar. Tenían las armas listas antes de vernos y... Creo que querían pelear contra él. Ese tal Herumor debe tener sus aliados, de una forma u otra. Quizá decir que tiene un ejército sea ir muy lejos, pero está

ganándose el favor de algunos orcos y también de algunos hombres. No es natural, desde luego. Esta historia no terminará bien.

Hablamos un rato más. Le pregunté por qué el monstruo había dejado con vida al chico con el que iba. En vez de golpearlo con el puño, podía haberle roto el cuello fácilmente o haberle clavado su daga.

—¿Tú qué crees que pasaría si dijéramos en el campamento que aquel monstruo había escapado después de matar a uno de los chicos? —preguntó.

—Que los hombres se habrían armado para ir a buscarlo —respondí—. Claro, ya lo entiendo... No lo ha matado porque ahora ya no tienen razones para darle caza. Bueno, sí, la venganza por Elvin, el otro muchacho, pero, al fin y al cabo, el orco que lo mató está muerto. Ahora ya no habrá partidas de búsqueda.

—Eso es, muchacha. Ese orco sabía lo que hacía. Aunque parecen bestias, ya le has visto y escuchado: habla mejor que algunos hombres. No te confundas, ese monstruo no tiene ni un pelo de tonto. No es un animal rabioso, es un ser inteligente. También malvado, sin duda, pero inteligente.

—¿Y Herumor? ¿Dónde se esconderá?

—Quizá tiene gente que caza para él y lo alimenta. A lo mejor baja a las ciudades de vez en cuando para reclutar a más idiotas, no podemos saberlo. En todo caso, es alguien a quien habría que pasar por la espada en un lugar aislado y lejos de la mirada de cualquiera para que no lo conviertan en una víctima, y enterrarlo bien profundo o dejar que los lobos se coman su cuerpo.

Hizo una pausa y me miró, como si esperara que yo dijera algo o recriminara su comentario. Pero no tenía nada que decir. Si bien las leyes de Gondor eran muy claras y aquel hombre tenía que ser juzgado, ¿cómo capturarlo? ¿Cómo perseguir a un enemigo que quizá esté rodeado por orcos y humanos por igual?

¿Y cómo afectaría eso a la gente de Gondor? Si se corría la voz, si se expandían los rumores sobre Herumor, si se seguía hablando de los enanos con recelo, con ese miedo al futuro, entonces esas palabras huecas ganarían fuerza y cada vez más gente las escucharía con atención.

Por otro lado, ¿y si los orcos se estaban retirando? ¿No sería más sensato dejarles marchar? Al fin y al cabo, el rey no tenía ningún interés en adentrarse en Mordor.

¿Y si los orcos se ocultaban en el este y se olvidaban de los hombres? Quizá no volveríamos a saber de ellos. Pero si un hombre, mago o lo que fuera, de nuevo los comandaba, ¿qué ocurriría?

¿Y si las palabras de aquel necio nos llevaban a una guerra? Antes o después, parecía que aquel iba a ser nuestro destino.

Aquella noche apenas pude dormir pese a mi cansancio. El regreso al campamento fue muy largo. Aunque ya no necesitábamos llevar atados a los muchachos, no seguían nuestro paso ni podían descender por los riscos como lo hacíamos nosotras. Lo intentaron en una ocasión y Aragorn casi se cae ladera abajo.

—No hemos luchado tan lejos de casa para que ahora te partas la crisma por hacer el tonto —le dijo mi mentora—, por lo que iremos por el camino largo. No pienso dejaros atrás, así que moved las piernas más rápido, que no estamos para perder tiempo. —El muchacho estaba tan magullado y dolorido que no encontró fuerzas para quejarse.

Por fin llegamos a los alrededores del campamento, pero cuando nos encontrábamos cerca, Ioreth insistió en hacer una parada.

—No quiero que nos vean entrar a todos juntos, ya que nos harían muchas preguntas. Irás tú ahora y te dejarás ver por ahí. No mientas sobre nuestra ruta, porque los hombres de *Picadura* habrán hablado de nosotras. Dirás que yo estoy cansada y que me he retirado a dormir. Los chicos y yo iremos mañana por la mañana; así no parecerá que he vuelto con ellos de tan lejos. Diré que he salido de madrugada y me los he encontrado por aquí cerca. Seguro que los están buscando, pero las explicaciones se las dejo a sus padres. Ni una palabra sobre los orcos, ¿entendido?

—Entendido. Pero... Señora, yo estaba pensando... ¿No deberíamos hacer algo con Herumor? ¿No deberíamos perseguirlo? Ya sé que un grupo numeroso en las montañas no tiene

posibilidades, pero a nosotras no nos oírían llegar, ni nos detectarían a distancia. Podríamos buscarlo y, con un buen arco y una flecha bien dirigida...

—No es cosa nuestra. Sería una tarea peligrosa y no contaríamos con el apoyo de nadie. Los que creen en sus palabras no nos ayudarán, y los demás no creerán que existe. ¿Quieres arrastrarte por las montañas buscándolo? No voy a volver allí por el futuro de estos mocosos. Que luchen su guerra cuando les toque.

—Pero también será mi guerra —respondí—. No me gustaría marchar contra los orcos cuando tenga vuestra edad solo porque ahora no he querido hacer nada.

Sabía que había dicho algo inconveniente y me preparé para un rapapolvo o un sopapo, pero Ioreth, que ya había levantado la mano para atizarme, se contuvo y me golpeó con mucha suavidad, casi como si me acariciara.

—Maldita seas, muchacha. Vuelves a tener razón. Pensaré en ello, no te preocupes. Algo hay que hacer... Y haría falta ayuda... —Hizo una pausa y volvió a fruncir el ceño—. Pero no te acostumbres, que lo normal es que siempre estés equivocada. Pazguata.

Aunque lo dijo muy seria, yo sabía que estaba bromeando. Durante esos días había cambiado algo entre nosotras. Aunque no pedía mi opinión y hacíamos lo que ella decía, me pareció que me trataba de forma diferente, como si yo fuera más adulta. Pensé que se debía a que había peleado contra los orcos por primera vez, pero ya había participado en alguna escaramuza con piratas o bandidos, así que tampoco podía ser eso. Creo que era porque ahora la entendía un poco mejor que antes.

De un modo u otro, aquella noche, cuando yo marché al campamento y la dejé a solas con los chicos, debí pensar en mis palabras. Le dolían los huesos cuando dormía sobre las rocas, y cada vez resoplaba con más fuerza cuando los caminos se volvían empinados. Pero Herumor era un peligro por muchas razones, y ella lo sabía tan bien como yo. Quizá desapareciera sin dejar rastro y se rompiera el cuello al dar un resbalón en lo alto de las montañas, pero si no era así, si más hombres o chiquillos prestaban atención a sus palabras, si era verdad que tenía orcos bajo sus órdenes, antes o después nos veríamos metidos en problemas por su culpa.

Al día siguiente se formó un pequeño revuelo por la aparición de los niños. Leofred dijo que su hijo se había escapado junto con sus amigos para buscar un tesoro de bandidos en el sur, y que el pobre Elvin había perdido la vida en un accidente. Nadie mencionó a los orcos ni una vez.

Se celebró un funeral por el chiquillo y la vida retomó la normalidad en el campamento. Pasé a formar parte de los exploradores de forma oficial, creo que gracias a las palabras de mi mentora y de Leofred. Me sentí agradecida aunque, de algún modo, también pensaba que algo no marchaba del todo bien. Cuando le contamos a unos oficiales lo que había ocurrido, nos dijeron que debíamos guardar silencio y que no habláramos con nadie de Herumor, ni de aquel orco ni de todo lo que había sucedido en las montañas. Me sentía como si estuviera engañando al rey. Parecerá una tontería, pero así me sentía.

Un día, no mucho tiempo después, me dijeron que mi mentora había dejado el campamento y había marchado a la ciudad para enseñar el manejo de la espada en los cuarteles, un oficio sin duda más tranquilo y honorable.

No se había despedido de mí, y eso me hizo llorar durante todo el día. ¿La había ofendido de algún modo? ¿Cómo no me lo había dicho? No tenía sentido, pero su tienda pronto estuvo ocupada por otra mujer que había comenzado a servir como armera, algo que siempre hacía falta en el campamento, y eso significaba que se había marchado de verdad.

Entonces, unos días después de su marcha, me dieron una nota. Yo sabía leer gracias a ella, aunque con cierta dificultad, y reconocí su letra. Decía así:

«Pazguata mía:

Me marchó. No me he despedido de ti porque sé que intentarías venir conmigo, y no necesito tu ayuda.

Leofred me aseguró que dejaría que te instalaras en mi tienda. Si no es así, dile que volveré y le daré patadas a lo largo de todo el campamento.

No dejes que nadie te humille nunca. Para que eso no ocurra, tienes una espada.

Vive mucho y sé feliz».

Eso era todo. No me decía a dónde iba, y sus palabras no me consolaron lo más mínimo. Lloré y grité y me enfadé y sí, es cierto que ese día golpeé con un palo a un muchacho que me gastó una broma, porque no estaba de buen humor y su broma no era graciosa, pero luego me disculpé frente a su superior, e incluso me habría disculpado ante él si no hubiera estado en la enfermería.

Pero, como ya he dicho, no soy tan tonta como la gente piensa. «Intentarías venir conmigo, y no necesito tu ayuda». Podía haber dicho que no quería compañía, pero sus palabras me hicieron dudar. Si no era la mía, ¿de quién podía necesitar ayuda?

Estaba claro como el día. Había ido al este. ¿Qué había dicho antes de llegar al campamento? «Algo hay que hacer, y haría falta ayuda». Ella no sabía dónde se ocultaba Herumor, pero había alguien que quizá sí lo sabía: Maugar, el orco de las Piedras del Este. Conocía aquellas cuevas y debía saber cómo localizarlo, y quizá cómo emboscarlo. No me lo había contado porque no quería que yo me implicara en aquella locura, porque sabía bien que yo honraba al rey Eldarion, y si Herumor era un peligro para el reino, era nuestra obligación darle caza.

Y eso había hecho ella: había partido para cumplir con su obligación. Aunque fuera una locura. Cazar a un líder de hombres y orcos en compañía de uno de ellos. Solo de pensarlo sentí un escalofrío.

Había tomado la decisión incluso antes de terminar de leer aquella carta. Viajaría hacia el este de nuevo, a las montañas. Iría tras ella, porque podía necesitar mi ayuda, aunque no la quisiera. No podía dejarla morir en una tierra extraña. Sé que todos hemos de hacerlo, a todos nos alcanzará la muerte, pero nadie debería partir en soledad o rodeado de gente que le quiere mal. Iría tras ella para estar a su lado en cualquier final. Daríamos muerte a Herumor, con o sin ayuda, y luego volveríamos al campamento, y yo me dedicaría a cazar y a hacer mi trabajo lo mejor que supiera, con la tranquilidad de saber que había hecho lo correcto.

Ioreth me había enseñado bien, así que no me costaría mucho seguir su rastro, porque no había tantos lugares por los que adentrarse en aquella tierra infame, aquel país de cenizas donde todo ser vivo parecía tener como único propósito acabar con la vida de los hombres.

No quería partir, por supuesto que no. Pero soy una mujer de Gondor. ¿Qué otra cosa podía hacer?